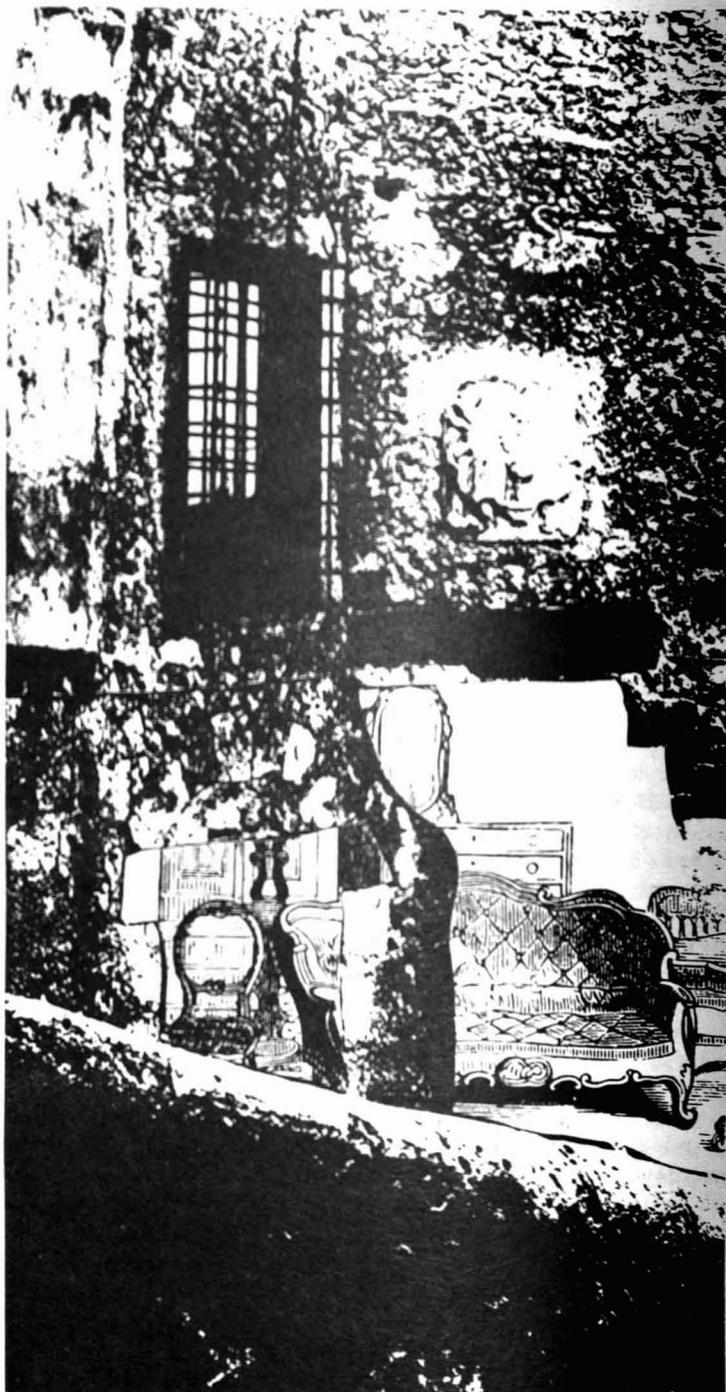


ALINE PETTERSSON ESTAMPA

La puerta debe empujarse muy suavemente, para no golpear la silla que está cerca. Al instante se llenan los oídos del sonido de una ópera cantada a todo volumen. Es difícil distinguir nada: la luz de afuera es demasiado contraste con la penumbra interior. Pero mientras se acostumbra la vista, el olfato trabaja incansable. Se siente agredido por una serie de aromas que siempre están allí. La falta de ventilación y ese deseo de querer preservar los objetos a media luz para que se eternicen, para que no los destruya el sol, tantas veces asomado a la ventana de visillos corridos. Huele a madera y a tela vieja. La sala es Luis XV de buena talla. Sillas y sillones de madera clara coronadas por un moño. El tapiz de medallón, luido por los años, pero irremplazable. Ya no se hacen ahora telas de estilo genuinas. El aire se siente denso y no únicamente por lo encerrado del lugar; sino por dos magnolias algo marchitas que cuelgan de un florero de porcelana de Sévres, decorado con figuras dieciochescas. Los ojos, acostumbrados ya a la penumbra permiten caminar con mayor libertad, cuidando siempre de no tropezarse contra las sillas Luis XV que no caben. La pared está cubierta de platos con escenas napoleónicas: La Coronación, Austerlitz, Josefina. Más allá, desconcertante y horrorosa, una cabeza de yeso del emperador francés en tamaño natural, con su sombrero azul. En un rincón hay un secretaire de madera incrustada, lleno de compartimientos ocultos. En los cajones, sobres descoloridos y muchos papeles. Encima del escritorio, una fila de retratos de niños en diferentes poses y atuendos: varones de cuatro años con vestidos de mujer y pelo largo, otros de traje marinero y medias, niñas de falda a media pierna, con la manos colocadas delicadamente sobre el regazo y la cara puesta de perfil. El ruido de la música es fuertísimo; un aria sucede a otra a un volumen monumental. Allá al fondo, cerca de la ventana de visillos corridos, está sentada ella, con los ojos cerrados. Y entre un aria y otra se escucha su horrible jugueteo con la dentadura floja: clac, clac, clac, clac.

DUALIDAD

Mi bata verde. Verde, verde, no blanca como en mis sueños. Es grande, amplia, fea. Me envuelve. Parece tienda árabe. Lienzos y lienzos de tela, de tela verde. De mangas grandes. Tela que todo lo cubre: mis zapatos, mi cara, mi cuerpo. Tela verde y ajada. ¿Dónde está el almidón de mis fantasías? Demasiadas películas, demasiados libros. Los guantes, ajustados, invisibles. Hoy. Ya llegó el día de hoy. Las gentes van y vienen en sus trajes verdes. Sus risas, su hablar me molesta. Hoy es mi día. A nadie le importa. Es un día más. Es mi día. Palanganas, tubos, instrumentos. Lo de siempre. Lo de ayer y lo de mañana. Pero hoy es mi día.



Déjame un momento más, por favor. Me gusta mucho quedarme aquí. Qué rápido trabaja. Qué bien lo puede hacer el señor. Uno tras otro, cuántos pollos. No me canso de verlo.

Mi pulso debe estar firme. No puede vacilar. Lo he visto tantas veces. No es lo mismo ayudar que trabajar solo. No es lo mismo hacer un poco, cuando es otro el que hace un mucho. Debo tener calma. Nunca me había parecido tan grande la bata. Y tan fea. ¿Tendré miedo?

Siempre los coloca de la misma manera. Así le es más fácil manejar los pollos. Nunca se equivoca. Su mano entra y sale de uno a otro y corta y limpia. Y sigue.

Cuántos años he esperado este día. Cuánto esfuerzo. Cuánto estudio. Creen que ya estoy listo. ¿Pero lo estoy realmente? Quizá mi mano temblará. ¿Y entonces? Olores, olores. Todo está impregnado de olores. Tanto desinfectante y el éter y el alcohol. Y la sangre. Debe oler a sangre. Tanta sangre que se ha derramado en este cuarto.

Sus dedos están llenos de sangre, pero no me da asco. Se ven rojos. Hasta adentro de la uñas. Su bata está salpicada. Me gustaría más que no tuviera manchas. No importa. Qué grandes son sus tijeras. Deben tener mucho filo. Corta y corta sin parar nunca. No se cansa, ni yo me canso de verlo. Una pechuga, una rabadilla, dos patas. Cuánta gente le compra. Me tapan, no me dejan ver bien.

Estoy listo. Pronto empezaré. Ya la gente está en sus puestos. La luz. Lámpara brillante. Astro de la sala. Calor, Me sofoco. Tanquilidad. Es tan fácil. Mil veces lo he visto hacer. Siempre con mano segura. Con pulso firme. Yo también puedo.

La gente me aprieta, me empuja. ¡Ora niño, házte a un lado! Sus manos abren, cortan, separan.

Me avisan que ya puedo empezar. La anestesia surtió efecto. Pulso normal. Corazón tranquilo. Cuánta tela. Metros y metros de tela verde. Un orificio. Carne rosada que palpita, que espera a mi mano. La extendiendo. Me colocan un bisturí, un cuchillo. Me estremezco. Tengo miedo.

Primero corta el cuello. Saca algo oscuro. Lo tira lejos. Pega fuerte en las tijeras. Se desprende la cabeza. Limpia. Limpia con un trapo ya muy usado. Y sigue. Mete la mano adentro y jala. Su mano sabe buscar bien. Nunca se equivoca. Pollo gordo de grasa amarilla.

Animo, debo empezar. Un tajo seguro. Será el momento más difícil. ¡Ahora! Brota la sangre. Separadores. Compresas. A limpiar y cortar más adentro. Poco a poco. Sin prisas. Tejido por tejido. Pinzas, Compresas. Secar. Ligar y más adentro.

Las tripas. Son largas. No me gustan. Todo le cabe dentro de la mano. El corazón, el hígado, la molleja. Limpia. Limpia con su trapo sucio. Ya lo veo. Su color rojo oscuro. Muy oscuro. Casi negro. Palpitante. Estoy tranquilo. Perdí el miedo. Ligo, suture, continúo. Me acerco. Escucho la charla indiferente. Oigo que el



radio está prendido. Música clásica. Dicen que calma. Vivaldi. Me gusta. Música monótona. Aquieta mi estado de ánimo.

Abre la molleja. Le da la vuelta. La limpia. Sale algo verde. Corta el hígado. Lo separa de las tripas. Lo vuelve a meter dentro del pollo, con la molleja, con las patas, con la cabeza. Ya está listo. Toma otro.

La vesícula. He llegado a la vesícula. Corto con cuidado. Bolsita verde. La tengo en mi mano. La echo lejos. Suturo, ligo, arreglo. Coloco todo en su lugar. Seda negra. Catgut. Coso y corto. Coso y corto.

Me debo ir. Abrirme paso entre tanta gente no es fácil. Me empujan. Me aprietan. Pierdo la mano de mi mamá. Empujo yo también. Poco a poco consigo salir de entre gentes y canastas. Al fin libre del tumulto. Caminamos. Cuántos olores. De guayabas. De melones. De fruta fresca. De mercado.

Voy haciendo a un lado las pinzas, los separadores, las gasas. El tejido adiposo. Amarillento. Voy saliendo. Terminando. La piel. Estoy ya en la piel. ¡Pude! ¡Pude! La suturo con cuidado. Que quede una cicatriz bonita. Estoy sudando. Pero fue un éxito. ¡Un éxito! Me descubro la boca. Me quito los guantes. Muevo mis dedos. Los siento más libres. Me veo al espejo. Mi bata está sucia. Llena de salpicaduras. Me ayudan a quitármela. ¡Uf!